llepreux es tal como me lo habeis pintado, no se casará con Edith Dickson.

—Eso es cosa mia, replicó Baradoux con siniestra sonrisa.

—Permitidme que os pregunte cuál es vuestro plan.

—Justo es que lo conozcáis, pues si lo ejecutamos, tendré que pediros una cantidad bastante crecida.

—¿Cuánto?

—No lo sé todavía. Os he dicho que el marqués de Villepreux está á punto de comprometerse.

—¿Y qué?

—Que para eso es preciso que presenten una denuncia contra él.

—Bueno; ¿más quién la presentará?

—Las personas á quienes ha engañado, abusando de su buena fé.

—Es preciso impedirlo, dijo con viveza Dickson.

—Así es en efecto; pero para ello será necesario desinteresarlos y no sé todavía lo que esto os costará.

—Perfectamente, ¿pero y despues?

—Tendremos en nuestras manos las pruebas de la infamia del marqués de Villepreux.

—Está muy bien. ¿Y esperáis que para salvar á su padre?.....

—El hijo hará lo que queramos.

—¡Brrr! ¡Brrr! exclamó Dickson; el negocio es asaz complicado.—Dejadme reflexionar hasta mañana y si lo juzgo conveniente, obraremos sin dilacion.

IV.

ANSIEDAD.

Grande y cada vez más creciente era la que reinaba en el palacio de Villepreux, desde el dia en que Federico anunció á sus padres que su amigo Juan Renaud amaba á su hermana Enriqueta y que le habia encargado pedir para él la mano de la jóven.

A pesar del desdén con que el marqués acogió esta demanda, ya hemos dicho que Honorato manifestó á su hijo que necesitaba informes respecto á la familia del pretendiente, y que como nadie mejor que el interesado podia dárselos, escribiria á Renaud rogándole se sirviera ponerle en antecedentes relativos á sus padres.

Escribió efectivamente una carta al jóven Juan y se la remitió por conducto del criado

Cuepin, retirándose despues á su cuarto, esperando con impaciencia la respuesta.

Federico fué á reunirse con su hermana; la marquesa viuda y Julieta se quedaron solas y permanecieron bastante tiempo silenciosas, reflexionando sobre cuanto habia pasado en los últimos dias y sintiendo sus corazones oprimidos por una secreta angustia.

—Honorato ha resuelto muy pronto escribir al señor Renaud, dijo la madre de Federico; tengo miedo.

—¿Temes alguna traicion? murmuró la anciana.

—¡Ay! ¡madre mia!

—¡Muchas te ha hecho sufrir mi hijo! ¿Pero tú estás dispuesta á consentir ese casamiento?

—¡Con toda mi alma! exclamó Julieta.—Estoy cierta de que Juan habia de hacer feliz á Enriqueta, y no tengo reparo, madre mia, en deciros que no siento haber ofrecido á esos niños la ocasion de confesaros mútuamente su amor.....

—¡Ha sido una imprudencia!

—Al contrario, señora; ahora saben que se aman..... ¿No es este el mayor obstáculo que puedan oponer á los proyectos de mi marido?

—Pero, en fin, si Honorato tiene respecto á su hijo alguna mira..... vituperable, nada nos prueba que suceda lo mismo en cuanto á Enriqueta.

—¡Quién sabe! balbuceó dolorosamente Julieta de Parsant.

—¡Dudas! Verdad es que tienes grandes motivos para ello.

—¡No quiero que mis hijos padezcan! Lo que me ha dado valor para soportarlo todo ha sido el pensamiento de poderlos defender algun dia; y como ha llegado la hora, pronta estoy á luchar.

—Tranquilízate, mi querida Julieta; te ayudaré.

Mientras que las dos marquesas hablaban así, Federico habia entrado con mucho sigilo en el cuarto de su hermana y la sorprendió arrodillada en su reclinatorio.

Avanzó con paso lento, y poniéndola ambas manos delante de los ojos, la dijo:

—Apuesto á que ahora la señorita Enriqueta no está rezando por su hermano.

—La jóven se levantó ruborizándose; Federico la cogió por la cintura, y ella dejó caer su linda cabeza sobre el hombro del jóven.

—Cuéntamelo todo, dijo la niña.

—Con estilo militar, respondió alegremente el muchacho.—Abierta la trinchera, dimos el primer ataque y fuimos rechazados; pero al fin conseguiremos penetrar por la brecha... Estilo familiar: papá, sin comprometerse en nada, ha resuelto pedir á Juan Renaud infor-

mes respecto de su familia..... Cuando los reciba, tomará su decision.

—¡Oh, Dios mio, si no consintiera!

—¿Amas mucho, pues, á mi amigo Juan Reneud?

—¡Es culpa tuya, Federico; tú eres quien me ha enseñado á amarle!..... Mira, cuando sabia que ibais á batiros en aquel maldecido Tonkin, no conocia todavía á tu amigo, y sin embargo..... tanto temblaba yo por él como por tí. ¿No tienes celos, eh?

—¿Yo? Le considero ya como á un hermano. Pero dime, ¿no sentirás dejar este hermoso nombre de Villepreux para tomar el prosáico de "señora Renaud?"

—¡Qué malo eres! ¿Puede acaso ser prosáico el nombre de un héroe?

—Pues creo que esto es lo que más disgusta á nuestro padre.....

—¡No! dijo con gravedad Enriqueta; algo más debe haber; hace ya tiempo que lo estoy sospechando. Desde el primer dia en que nombraste á Juan Renaud, nuestro padre le ha sido hostil..... ¿Quién sabe si ese nombre no le recuerda algo desagradable?..... ¿Quién sabe si su hostilidad no es motivada por algun secreto?..... Tal vez el marqués haya conocido en otros tiempos á los padres de Juan.....

—Hermana mia, no nos alarmemos por

Federico no podia creer que el nombramiento de subteniente hubiera podido producir tan grande emocion en la madre de Juan, porque su amigo le habia dicho muchas veces que ella estaba completamente resignada á verle seguir la carrera militar.

Volvió, pues, muy pesaroso á la calle de San Dominique, y no pensó en disimular su inquietud, hasta que atravesó el patio de su casa.

Cuando entró en el salon, se quedó muy sorprendido al ver allí á la señorita Florimont tranquilamente sentada al lado de la anciana marquesa, no como una persona que está haciendo una visita, sino trabajando un encaje, como en el tiempo en que pasaba casi todas las tardes en el hotel de Villepreux.

Luisa le miró de reojo con malicia y le dió los buenos dias con un movimiento casi imperceptible de los labios.

Sin embargo, habíase puesto muy contenta cuando la marquesa de Villepreux en persona habia ido á buscarla, con el pretexto de que Enriqueta queria aprender un punto de encaje, que la hija del notario hacia con toda perfeccion.

La marquesa Julieta habia declarado que estaba pronta á defender á sus hijos y obraba en consecuencia, sirviéndose de la única arma, que podia esgrimir con su marido, el amor

Y lo mismo que habia favorecido una entrevista entre su hija y Juan Renaud, quería dar ocasion á su hijo de volver á ver á la pequeña Luisa con la frecuencia é intimidad de otras veces.

La anciana señora de Villepreux estaba admirada al observar lo decidida que se hallaba su nuera, y le decía:

—Te apruebo y te dejo en libertad para dirigir tus pequeñas intrigas; eres madre y tienes derechos que yo soy la primera en reconocer, á pesar de mi carácter de suegra.... Si mi hijo te ataca, me encargaré yo de defenderte.

Luisilla empezó á saltar de alegría cuando Julieta de Villepreux fué á buscarla á su casa; pero el notario hizo un gesto de desagrado al oir que le decía la marquesa:

—Me llevo á vuestra hija para toda la tarde.

El señor Florimont estaba resuelto á romper toda relacion con los Villepreux, pues aún cuando era un hombre excelente, era tambien muy terco; sin embargo, no se atrevió á negar su permiso, porque tenia un gran respeto y una profunda afeccion para aquella noble señora.

Luisa se sentia muy satisfecha al lado de su madrina, que la prodigaba muchas caricias, y muy gozosa por el efecto que le manifestaba

la madre de Federico y por las demostraciones de amistad que le ofrecia Enriqueta.

Cuando la hija del notario llegó al palacio, las dos jóvenes se encerraron para confiarse sus penas. Enriqueta habló de sus temores, de su ansiedad, de su amor á Juan Renaud y Luisilla exclamó:

—¡Oh! en cuanto á mí, puedo asegurarte que quiero mucho á tu Juan Renaud. ¡El, por lo ménos, te ha cortejado algo, y te advierto que somos muy amigos! ¡Pero tu hermano!

—¡Federico te ama, estoy cierta de ello!....

—Muy grato me seria creerlo; pero no puedo hasta tanto que no *bostonee* ni guie cotillones con americanas..... ¡Oh! ¡qué odio tengo á esa señorita Dickson!..... ¡Hay momentos en que quisiera arrancarle los ojos!

—Seria lástima, porque los tiene muy bonitos.

—¿Son acaso feos los mios?..... ¿Vas tú tambien á tomar el partido de esa miss Edith?

Y era cosa digna de ver la agitacion y la rabia con que Luisilla decía estas cosas, y cómo de repente, irguiendo su lindo cuerpecito, se puso á andar majestuosamente y con aire desdeñoso, remedando á Edith y diciendo:

—¡Sí, es esto lo que seduce á tu hermano!

Enriqueta se reía con toda su alma.

—No debes enfadarte, dijo á su amiga; si Federico ha sido amable con la americana, no

le ha movido otro impulso que el de obedecer á mi padre.....

—Pues en eso justamente estriba el peligro, interrumpió Luisilla. Tu padre no me quiere, y el mio..... no tiene muy buena opinion de Federico..... ¡Ah! ¡cuánto quisiera yo ser americana! Gozan de entera libertad, escogen un novio y aun varios, sin que sus padres tengan que ver nada en ello!..... ¡Felizmente que tu madre y mi madrina están de mi parte; y cuando se tiene el apoyo de las mujeres!.....

Luisilla hizo un gesto, con el que desafiaba á su padre, al marqués de Villepreux y á todas las hijas de *yankees*.

Luego volvieron al salon y se pusieron á trabajar en el encaje, al lado de ambas marquesas, esperando todas con impaciencia la vuelta de Federico.

Este llegó al fin, y viendo al entrar aquel cuadro de tranquila felicidad, asomó á los lábios del jóven una alegre sonrisa, que fué un lenitivo para la entristecida Luisa, pues pensó que aquella sonriente expresion era producida por ella.

Mas ¡ay! la alegría de todos aquellos seres que tanto se amaban, fué de muy corta duracion.

Apenas Federico acababa de sentarse, cuando el marqués de Villepreux entró en el salon. Saludó afectuosamente á su madre y á su mujer; abrazó á sus hijos; pero aparentó no ver á Luisa y la anciana marquesa tuvo que decirle:

—Hijo mio, ¿no has visto á la señorita Florimont?

—¡Ah!..... buenos dias, señorita, dijo con sequedad.

Despues afectó no mirarla y ni siquiera le preguntó por su padre.

Ella sufria mucho; pero no dejó de sonreir, porque no queria que Federico la viera triste, cosa que á su amor propio contrariaba.

El jóven capitan, no pudiendo confesar el paso que habia dado, refirió que habiendo encontrado al general Brettecourt, éste le habia dado la noticia de la enfermedad de la señora Renaud.

El marqués, bien informado ya, merced al espionaje de Cuepin, aparentó admirarse y exclamó:

—¡Es preciso mandar en seguida á preguntar por el estado de salud de esa señora!

—Lo he hecho ya, padre mio,—está un poco mejor.

Enriqueta respiró; todos sus temores se desvanecieron por encanto, pues el silencio que guardaba Juan Renaud se explicaba naturalmente. Muchas ganas tenia de hacer algunas

preguntas á su hermano; pero delante de su padre no se atrevió.

—En ese caso es probable,—dijo Honorato,—que no veamos á tu amigo en la *soirée* de mistress Dickson.....

—¿Que *soirée*,—preguntó bruscamente Julieta, lanzando una despreciativa mirada á su marido?

—Habrá concierto y baile,—replicó tranquilamente Honorato,—esta fiesta es para celebrar la llegada del señor Dickson y estamos invitados. He aquí las esquelas. Hubiera pedido una,—continuó con tono semi-burlon,—para el señor Renaud.....pues esto, sin duda, te hubiera agradado, querida.

Julieta estuvo á punto de contestar que ni ella ni su hija pondrian nunca los piés en los salones de la señora Dickson; pero acostumbrada hacia mucho tiempo á usar de paciencia, supo reprimir su indignacion.

La madre de Honorato, al contrario, no pudo contenerse y preguntó con desdén:

—¿Quién es esa señora Dickson?

Estaba tan irritada por el aire dominante que tenia su hijo desde la llegada de Federico, que instintivamente buscaba la ocasion de tener con él ciertas explicaciones.

Mas á pesar de la desdeñosa pregunta de su madre, el marqués no perdió ni un punto de su calma.

—La señora Dickson, dijo sonriendo, es una encantadora americana, cuyo marido, uno de los más importantes industriales de los Estados Unidos, ha ganado no sé cuántos millones. Su hija la más linda jóven que pueda imaginarse, es la que con Federico guió el cotillon en la fiesta que dió la señora baronesa de Vauchelles.

Al pronunciar estas últimas palabras, el marqués miró á Luisilla y notó que estaba emocionada.

La anciana marquesa exclamó:

—Por muchos millones que tengan esos Dickson, supongo que ni mi nuera ni Enriqueta irán á esa *soirée*.

—En este caso, replicó Honorato siempre sonriendo, me contentaré con ir con mi hijo, pues he aceptado su invitacion.

Despues, poniendo cariñosamente la mano en el hombro de Federico, le dijo:

—Vente conmigo, querido.

—¿Te lo llevas? preguntó Julieta.

—Necesito hablar con él un rato.

Federico se levantó, siguiendo respetuosamente á su padre.

Y cuando hubieron salido, la señorita Florimont se echó sollozando en brazos de Enriqueta.

BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO LEON